

**Publicación interna
del Departamento de
Literatura**

**AGOSTO
24 AL 30
DE 2020**

Edición #3

**LA
DISCRETA**

El ajedrez de Marcel (2/2)

Enviado por Juan Daniel Pinzón

(...)

Fue en el bar de la Mula dónde lo conocí por primera vez. En esa época yo todavía me creía capaz de amarrar corazones, con canas y arrugas, pero mi figura todavía se mantenía. Y ese señor, con su vestido blanco, camisa negra y botas negras bien pulidas, me empieza a echar ojo desde la barra, obviamente yo me fui directamente a lado de él; me hice la inocente y le pedí a don Carlos una Águila.

– Esa carita no es de acá, pa camuflarse se tiene que quemar más.

– Como que es común no saludar por acá, ¿no? – su español era tan dulce, fuese como si viniese pa acá a enseñarnos a nosotros hablar–.

– Es de caballeros presentarse primero.

– Tiene usted toda la razón. Siéntese por favor, no esté tan tensa.

– Si me dice su nombre.

– Déjeme pensar, no es una pregunta fácil. No ve que acá soy diferente a allá, sería un crimen llamarme de la misma forma que me llamaba allá.

– ¿y donde es allá?

– Allá es muy lejos, pero en sangre la distancia no es tanto.

– Vea pues. Además de bien vestido, es bien hablado. ¿Tiene usted alguna idea de donde está usted?

– Donde tengo que estar.

– Y su nombre, no me ha dicho.

– ¿Usted siempre es así? Mírese, tan bien maquillada, es de las mujeres que sabe usar el pincel. Se nota en los brillos que le generan esta poca luz. Sus labios, claro, ese es el color perfecto para usted, ni un tono más abajo ni uno más arriba. Me deja ver –me acercó la cara a sus ojos lo suficiente para que me diera cuenta que sus ojos no eran de un verde común, no había nada común en él–. Claro, que bien maquillada está usted, me encanta como se le ve los polvos en sus pómulos, resaltan su belleza. –a mí solo me quedó aliento para sonreír–. ¿Usted tiene nombre?

– Me puede llamar Beatriz.

– Solo le falta el Portinari y diría que es ella– Mijo, usted cree que yo le entendí a ese señor, estaba más perdido que su papá. Pero claro, no iba a dejar que me rebajara con unas cuantas palabras cultas, yo me mantuve como la dama que era antes y después de que llegara ese señor–.

– Ya me han dicho eso bastante, pero creo que así estoy perfecta.

– ¡Pero como no! Es que de usted no hay nada que envidiar miss Beatriz.

– Y ya pensó en el suyo.

– Creo que sí, estaba entre dos nombres, pero ya me decidí: Enrique.

– Bueno, no le queda nada mal, Don Enrique.

– Bueno señorita Beatriz, ya que nos conocimos. ¿Cuánto por la hora?

Desde ese día no le volví a hablar a ese señor. Ese tal Enrique que llegó para quedarse y expandir su nombre por acá, por eso el afán de encontrar una buena india pa casarse. Quería armar un imperio en un lugar donde nadie lo haya hecho. Eso sí, con él llegaron nuevos, paisas sobre todo. Y a esos les dio por construir mansiones dizque acá. Después de unos años todos los campesinos seguían ordenes del papá de Marcel, eso tenía ejército. Pero eso sí, nunca se metió con la gente del pueblo, no porque nos quisiera, si no porque no le importábamos.

Se acuerda que le pregunté si cree en Dios, bueno mijo, pues ahora crea más porque lo que pasó con Marcel el día de Halloween, ni la Santa patrona hubiera adivinado tal cosa, algunos dicen que fue la maldición de la Miss Trémula, otros que fue ese milagro que el chino tanto pidió. Es que entre milagro y maldición no hay diferencia mijo, por eso uno no reza por milagros, uno reza pa agradecer, uno no sabe quien le puede escuchar esas oraciones, escúcheme bien, se lo digo yo, los demonios son espías con buen oído pa la plegaria.

Un mes antes de Halloween el Marcel se encontraba de camino a la casa pa las clases de ajedrez. Ese chino era malo en todo, pero dicen que verlo jugar ajedrez era todo un espectáculo. Yo misma iba a la plaza a verlo jugar con los ancianos, medio pueblo no entendía ese juego y aún así nos emocionábamos al verlo jugar. Les ganaba a todos los ancianos en medio minuto, movía las manos más rápido que las movió su papá pa pegarle. Lo disfrutaba de tal manera, eso no



era una simple disciplina, tenía la pasión, el ardor en sus ojos cuando ganaba y triunfaba. Fue pa tanto que le trajeron a un profesor del centro, se mudó y todo solo pa enseñarle al chino. El profesor era decente, muy joven, su cara se confundía con la de un niño de la edad de Marcel, pero claro, como todo el mundo sabía que Marcel no tenía amigos, todos en el pueblo entendían que era alguien que lo acompañaba por una paga. Pero eso no le impidió al profesor encariñarse con Marcel, a veces salían a la plaza, compraban un helado y hablaban de las jugadas de ajedrez que más les fascinaban. Se podría decir que fue la única amistad que tuvo el chino. En el cumpleaños del profesor, Marcel le regalo una tabla de ajedrez hecha de mármol. Cada vez salían más, ya no solo a comer helado, también daban largas caminatas por todo el pueblo. Incluso Marcel lo invitaba a su casa pa cenar. Fue una de esas noches donde el papá de Marcel se encontraba en la casa, ahí se encontraba el profesor. Enrique vio como ellos dos hablaban y conversaban de cosas que no eran de ajedrez, lo hacían de forma tan amigable y cercana. Después de esa noche el profesor de Marcel no volvió. El padre le dijo al pealo que tuvo un accidente y que por razones imprevistas le tocó volver al centro. Ese pobre chino quedó solo de nuevo, no tenía ni la menor idea de como hacer amigos, solo sabía acosar a la pobre Margarita.

Sabe lo que le hizo el Enrique dos días antes de Halloween. Se llevó al Marcel donde las putas, dizque para enderezarlo un poco. dizque para que aprendiera lo que era el placer para un hombre. La Rubio me contó que ese chino llegó a la casa llorando. No quiso salir del cuarto hasta que la Rubio le contó al chino que lo logró meter en la lista de una fiesta que iba a hacer Gabriel el 31. Ese Marcel estaba más contento, duró los días restantes ensamblando su disfraz, la Rubio lo ayudó, pero el chino quería hacer todo, estaba aún más apasionado que cuando jugaba ajedrez con el profesor. Cuando acabó, fue corriendo al cuarto de su padre para mostrarle su disfraz antes de que él se volviera a ir pa uno de sus viajes de negocios. “Pero con esa cosa encima de su cabeza no va a poder ver nada, nadie lo va a reconocer”, “pero padre, mire, acá le puse unos agujeros pa ver”. Se fue feliz a la fiesta con su gran traje. Me contó rubio, antes de la recepción, que el chino no estaba nada seguro de que iba a usar, estaba más nervioso que cualquier otro día “yo le dije al niño que cualquier pieza, no importaba. Pero él me salió conque no podía ser cualquiera, tenía

que ser la más única”. Esa noche salió orgulloso de la casa, con esa bola negra encima de su cabeza, casi no podía correr por la anchura del traje, “eso si, escogió la figura más fácil de hacer”, me dijo Rubio antes de echarse a llorar encima de la caja. Apenas llegó a la casa de Gabriel nadie lo reconoció y eso para él fue una maravilla, vea usted, nadie podía ver su mancha roja. Por primera vez podía ser uno más, podía reírse con los demás sin ser mal mirado. Era alguien nuevo, incluso se le pudo acercar a la Margarita sin que ella lo tratará con condescendencia. El Marcel vivía el sueño, nunca olvidó lo que su padre le dijo antes de marcharse a su último viaje de negocios, “mire chino, aproveche su Juventud que el tiempo que se va, no vuelve. No salga con estupideces de buscar lo que ya perdió”. Ese día, Marcel era un Marcel nuevo, alegre y sin problemas, no tenía pena ni vergüenza.

Después de tomar unas cuantas cervezas que le ofrecía cualquier extraño vestido de pirata, Marcel fue al baño, sabiendo que se tenía que apurar porque pa orinar tenía que quitarse todo el traje. Entró al baño sin percatarse de si había alguien adentro, solo tenía cabeza para apurar su afán. Apenas entro se encontró con Gabriel sentado en el retrete, en una de sus manos llevaba una botella de aguardiente. Su cara llena de placer miraba al techo, evitando mirar al suelo, tenía los pantalones abajo, hasta los tobillos. Más abajo, en el piso, se encontraba Julián agachado. Al ver a un alguien con un gran disfraz negro con cara redonda, ambos muchachos brincaron del espanto. La poca visión de Marcel se veía empañada por las gafas que usaba, le fue difícil entender lo que sucedía. Preguntó por otro baño, ya que estaba que reventaba, pero lo único que alcanzó a percibir fue la sombra de Gabriel acercándose con furia hacia él.

Fue el padre de Margarita que me contó que al chino lo montaron en el carro de Gabriel y se lo llevaron. En ningún momento le quitaron el disfraz, si lo hubieran hecho tal vez no hubieran sido capaz de tocar al hijo de Enrique, pero la maldición de Miss o las plegarias de el chino hicieron que Gabriel nunca le quitase ese abultado disfraz. Era por el afán de Gabriel y el miedo de Julián, que iba en el asiento del copiloto, que decidieron actuar rápido. Durante todo el camino Marcel no entendía qué pasaba, pensaba que era una simple broma de iniciación para ser amigos de estos dos. Fue más tarde que escucho unos llantos de suplica cuando Marcel se preocupó lo suficiente como para pedir ayuda.



El cielo estaba hermoso esa noche, unas estrellas relampagueantes que acompañaban a la luna redonda y blanca. Después de escuchar los frenos del carro y los llantos de Julián, Marcel fue tirado a un suelo lleno de polvo, y escuchó una última voz de Gabriel que decía entre llanto y rabia. “es que yo no soy marica, créame que no. Créame que no soy marica”. Marcel se reía con nerviosismo, se aferraba a la idea de que todo era una broma pesada por parte de estos dos. Después de acostar bruscamente a Marcel en el suelo, Gabriel fue por una palanca que se encontraba en el carro. Lo último que pudo reconocer Marcel, de todo lo que ocurría a su alrededor, fue un caballo corriendo sin dueño, libre y galopando.

alguno de ellos contó que el de francés podía llevar a las muchachas a tal nivel de placer que sus cuerpos en medio de un espasmo se convertían en dos, el doble de todo para él por una noche.

Para Santiago no era sencillo aceptar que, sin importar cuánto gimiera su novia, nunca llegaba al punto de duplicarse. Se masturbaba furiosamente imaginando las cosas que haría, que sentiría con sus dos cuerpos, y mientras recuperaba el aliento luego de cada faena se lamentaba por su incapacidad. No pasó mucho antes de que, cansado de culparse, empezase a sospechar de ella. Para Milena no fue sencillo mirarse frente al espejo del baño esa noche, preguntándose qué había de mal con ella.

* * *

La doble

Enviado por Christopher González

Cuando el abuelo de Santiago tenía su edad ya se había enlistado en el ejército. Una noche, mientras conversaban en las trincheras, sus lanzas empezaron a compartir historias de cama. Esposas, novias, primas, putas, mujeres de todas formas y tamaños desfilaban al son de las bombas lejanas. Con su turno de hablar cada vez más cerca, el abuelo de Santiago sudaba a cántaros tratando de tomar de su inexistente experiencia y limitado conocimiento retazos que se pudieran amontonar en una historia a la altura de las que ya había escuchado. Para cuando llegó a él la cantimplora, las palabras tardaron en salir, pero antes de darse cuenta estaba en medio de una historia que incluso él quería seguir escuchando. Fue así como el abuelo de Santiago les contó que una vez le había causado tanto placer a una mujer que esta se había duplicado.

En los pasillos del colegio en el que estudió el padre de Santiago se escuchó el rumor de que el profesor de francés, siempre de boina y rayas, se había propasado con varias de las estudiantes; sin embargo, en el grupo de compadres que se reunía a jugar billar después de clases se sabía la verdad. Una vez, mientras se rotaban cigarrillos húmedos dando vueltas a la mesa con menos palos que cabezas,

Su abuelo tenía 18 cuando lo enlistaron. De noche en las trincheras, sus compañeros hablaban de mujeres. Esposas, novias, putas... mujeres de todo tipo desfilaban al son de las bombas lejanas. Cada noche, su abuelo sudaba tratando de tomar de su nula experiencia y poco conocimiento algo que pudiera convertir en un cuento a la altura de los de sus camaradas. Les contó al fin de la vez en la que le dio tanto placer a una mujer que la había duplicado.

En el colegio de su papá corrió el rumor de que el maestro de inglés se acostaba con varias estudiantes. La pandilla, que se reunía a jugar billar después de clase, sabía la verdad y, compartiendo cigarros alrededor de la mesa, hablaban de cómo él podía llevarlas a tal nivel de placer que cada uno de sus cuerpos se convertía en dos.

Él no pudo aceptar que, con gemidos y todo, Ana no llegaba al punto de duplicarse. Se masturbaba imaginando lo que haría con dos «Anas». Recuperando el aliento luego de cada faena, lamentaba su incapacidad. Eventualmente, su frustración mudó hacia Ana, y no fue fácil para ella mirarse al espejo preguntándose qué tenía mal.



Sírope

Enviado por Alejandra Caballero

El reloj marcaba las tres de la tarde y todavía olía a eucalipto. Ella pensaba que estar allí era como sentirse dentro de un vientre materno: una circunferencia cálida y rosada en la que los secretos del mundo, de su mundo, de alguna forma siempre estarían a salvo. Mila quería sentir por última vez ese olor a eucalipto. Le gustaba el olor a eucalipto porque la subía de inmediato a un expreso hasta las piernas de su abuela. Mamá con tilde, o sea, la abuela Matilde, siempre olía a tierra. Tierra capaz de cosechar cuarenta cultivos de papa sembrada por el abuelo, y por supuesto, las amapolas que a Mila le encantaba recoger de niña para adornarse el pelo. Pero por más que Mila quisiera cruzar en un expreso hasta la casa de los abuelos, el eucalipto de su esfera cálida y rosada la traía en contra de su voluntad de vuelta hacia el presente. A su alrededor también observaba barcos chiquititos. Barquitos de papel parecidos a los que botaba por la ventana del abuelo cuando llovía mucho. ¿Quién sabe a dónde irían a parar? A ella lo único que se le antojaba en el momento era tomar cualquiera de esos frágiles barcos y botarse a la corriente. Llovía, y como su casa estaba en la punta de esa calle empinada a donde habían decidido mudarse, de seguro el barquito podría navegar con calma al menos hasta donde la tierra se volviera un poco plana.

Mila quería cruzar en un barquito de papel un puente que a partir de hoy se interpondría entre su vida llena de ilusiones y la resaca de la pérdida. La pérdida en ese momento subía como un avión que despegaba desde su esófago y aterrizaba con violencia como lágrimas que caían desde sus párpados. ¿Cómo era posible que en su esfera cálida y rosada fuera capaz de sentir tanta tristeza por lo que no iba a ser? ¿Por lo que ni siquiera había llegado a suceder? No sabía, y en realidad ni siquiera estaba interesada en averiguarlo.

Mila desechó la idea de navegar en barquitos de papel y prefirió subirse en las alas de libélulas que copaban las paredes de su esfera. Alas translúcidas de libélula que no le permitían ver mucho a Mila desde el vuelo, pero desde sus mejillas podía sentir con certeza

que estaba tocando el cielo. Sentía las nubes que le acariciaban el rostro y el éter que escurría como un tobogán de luz violeta entre los rayos de sol que daban al suelo. Mila no veía nada, pero a lo lejos empezó a escuchar el sonido que parecía como el de una flauta. No te vayas, corazón. No te vayas, que aún te quiero. La vieja nana la sacó de su sueño bruscamente. Mila se cayó de las alas de su libélula y como suspendida por vapor de sueños descendió lentamente sobre la playa donde conoció el mar por primera vez cuando era pequeña. La resaca del mar seguía trayendo fragmentos. No vuelas, mi amor. No vuelas, que aún te quiero.

Su recuerdo seguía golpeándola como olas de mar, pero Mila por fin estaba más serena. No quería abandonar esa esfera rosada y calentita, porque eso le implicaría renunciar también a este sueño.

Y es que Sírope nunca llegaría. Sírope no sería su bebé de ojos ámbar y piel de centeno.

A las seis de la tarde, Mila cerró para siempre la habitación que sería de Sírope. Esa habitación que ya no sería su refugio y por eso estaba llena de eucaliptos, libélulas, aviones, barcos, nubes y cielos.



Recomendación de página web

Enviado por Daniela Güiza

Visiten

<https://lanochemochila.wixsite.com/textostejos>



Textos / Tejidos para el Antropoceno

TEXTOS | TEJIDOS

POSTURAS

"El Antropoceno –como era de la humanidad– está marcado por las decisiones de subsistencia y de producción que los seres humanos hemos tomado desde que empezamos a existir como especie".

Posturas 
 Acciones

Textos / Tejidos

Es un proyecto que propone una reflexión sobre el Antropoceno desde un enfoque interdisciplinario. Se originó en el curso "Problemas de ética y estética" dictado por María Mercedes Andrade, y continúa abierto a nuevas contribuciones. Los interesados en participar pueden contactar a: maandrad@uniandes.edu.co



¡Felicitaciones!

¡Felicitaciones!

¡Felicitaciones!



La Discreta les desea un feliz grado y espera atenta alguna de sus reflexiones

Para enviar tu aporte ten en cuenta lo siguiente:

- I. La publicación digital *La Discreta* circula semanalmente durante el semestre académico entre miembros del Departamento de Literatura.
- II. Cualquier miembro de la comunidad puede enviar material a ladiscreta@uniandes.edu.co y será publicado, a menos que atente contra la integridad de alguien más.
- III. *La Discreta* es un espacio informal que recibe material creativo y crítico para establecer un diálogo horizontal y literario entre las personas del Departamento, con posibilidad de respuesta.
- IV. La publicación es gratuita y sin financiación.
- V. *La Discreta* funciona como medio de difusión, por lo tanto no se responsabiliza directamente por las creaciones de los autores. El o la autora se hará responsable de su contenido y forma.
- VI. Todo contenido debe llevar el nombre del o la autora y no puede llevar seudónimo.

